EL GENERAL FERNANDO GONZALEZ, Gobernador interino del Estado Libre y Soberano de Mexico, a todos sus habitantes, sabed: Que el Congreso ha aprobado lo siguiente:

"DECRETO NUMERO 52.

El Congreso del Estado Libre y Soberano de México decreta lo siguiente:

Artículo 1°.—El pueblo del Estado, representado por su XX Legislatura Constitucional, reconoce y estima como eminentes, los servicios prestados por el Benemérito General José Vicente Villada durante su gobierno.

Artículo 2°.—Como justo homenaje á su memoria, se autoriza el gasto de $5,000.00 cs., cinco mil pesos, para levantar un monumento sobre el sepulcro del Benemérito Gobernador.

Artículo 3°.—En el Palacio del Poder Legislativo, Hospital General de esta ciudad, Lavaderos Públicos "Carmen Romero Rubio de Díaz" y Casa de Maternidad "Concepción C. de Villada," se colocarán, en lugar visible, placas conmemorativas, en las que se exprese que dichos edificios fueron construídos, desde los cimientos, durante la progresista administración del señor Villada.

Artículo 4° —En el Presupuesto de Egresos de cada año fiscal, se consignará una partida no menor de $2,000.00 cs, dos mil pesos, destinada al sostenimiento de la institución para obreros que en lo sucesivo llevará por nombre "Tívoli General Villada."

Artículo 5°.—El Distrito de Lerma se denominará en lo futuro "Lerma de Villada."

Lo tendrá entendido el Gobernador del Estado, haciéndolo imprimir, publicar, circular y ejecutar.

Dado en Toluca de Lerdo, á veintisiete de mayo de mil novecientos cuatro.—IGNACIO GUZMAN, diputado presidente.—MANUEL PIÑA Y CUEVAS, diputado secretario.—F. J. GAXIOLA, diputado secretario."

Por tanto, mando se observe, imprima, publique y circule á quienes toque cuidar de su ejecucion.

Toluca, mayo 31 de 1904.

FERNANDO GONZALEZ.
Rúbrica.

EDUARDO VILLADA,
Srio. general.—Rúbrica.

PRENSA DE LA REPUBLICA.

EL SR. GRAL. D. JOSE VICENTE VILLADA

PARA quienes juzgamos que la principal misión de todo hombre, en su paso por la tierra, es crear afectos, es indudable que podemos medir principalmente el mérito de cada uno por los afectos que supo crearse. Con este criterio es como escribo las siguientes líneas, y para hacerlo pudiera decir, si no encerrara ello una vanidad, repitiendo la frase del vidente Pelletan, que he puesto la mano sobre el corazón de la sociedad en cuyo seno vivió el ilustre muerto, lo he sentido latir y he traducido la impresión que esos latidos me causaran.

Yo he visto siempre que ante el catafalco de todo servidor de los intereses públicos que ha sabido cumplir con sus deberes, el aplauso, la obligación, la gratitud ó la urbanidad han llevado á las clases distinguidas; nada me hubiera pues extrañado este espectáculo ante la tumba del fidelísimo servidor de los intereses del Estado de México; pero ví, y esa es la nota excepcional del caso, llegar á esa tumba á un pueblo entero, íntima y conscientemente unido al inmenso duelo oficial, y yendo allí, no por curiosidad ni por mandato, sino por gratitud intensa y por amor sincero, demostrando que al hacerlo así, satisfacía una verdadera necesidad de sus sentimientos.

Nada premia más la labor de un hombre justo que una lágrima sincera; es grato el aplauso, satisface la docta apreciación de quienes pueden juzgar de nuestras obras; pero la lágrima eleva tanto al que la derrama por una impresión noble como inmortaliza al que la inspira por un acto honrado. El general Villada hizo derramar muchas lágrimas de dolor

al ausentarse de la vida, y no produjo ningunas en su paso por la tierra; podrá su historia ser analizada por la ciencia, podrá su vida ser inmortalizada por monumentos materiales; pero su recuerdo por encima de todo, está sembrado, como factor educativo, en toda una generación, y como fibra sentimental en el corazón de todo un pueblo. El benefactor, el que no odia á la desgracia, el que defendido por su posición contra élla, es sin embargo bastante fuerte y bastante capaz para sentirla y aliviarla, será siempre grande y aparecerá superior, porque si para elevarse el hombre necesita alientos, para descender de su elevación hasta las hondas pequeñeces de la humanidad y salvarlas, necesita la más alta de las cualidades: el sentimiento y la más fuerte de las energías: la voluntad, las más potentes productoras de bienes para los hombres y para los pueblos. El general Villada fué un benefactor, y su monumento, más valioso é imperecedero que cuantos tenga en mármoles y en bronces, él mismo se encargó de hacérselo, edificándolo, no sobre el lodo miserable al que hoy ennoblecen sus huesos, sino sobre todas las carnes que salvó del hambre, del vicio y de la perdición; su historia, más que en las páginas del libro, podrá leerse, brillante en todas las obras que inspirados por su enseñanza han de llevar á cabo sus discípulos; su epopeya, mejor que la que cante la lira del poeta, habrá de cantarla la gratitud de todo un pueblo que, vestal sagrada, eternamente velará sobre su tumba.

Pero si al hombre causante de tan altos sentimientos lo honran éllos y éllos lo revelan, como á la causa revela el efecto y como éste nos dá la magnitud de aquella; también á ese pueblo que ha sabido así sentir, á esa generación que ha sabido así aprender, la honra, y mucho, la expresión profunda de duelo que con tan espontánea sinceridad ha manifestado; esa expresión revela por sí misma que los beneficiados merecieron al benefactor, ya que supieron comprenderlo y sentirlo y prenda es también segura de que han de saber imitarlo. Y si es verdad que el general Villada, como todos los hombres verdaderamente justos, obró siempre el bien por el bien mismo, practicó la virtud por necesidad de su idiosincracia y cumplió con su deber por propia estimación; también es cierto que como palpable ejemplo alienta y vigoriza á quienes aprendemos la vida en los hombres que han sabido vivirla rectamente, el ver que la gratitud, aún cuando raramente, como la más hermosa cualidad de la humanidad, muestra en ocasiones su faz radiante, por contraposición al doloroso espectáculo que muy de seguido ofrece ese inmundo, ese asqueroso engendro del egoísmo y la maldad que se llama ingratitud. El Estado de México, en

efecto, mereció á su Gobernante, como su Gobernante mereció á ese Estado.

La brillante juventud que rodeó al ilustre muerto y á la que tanto amaba, como todos los hombres que no envejecen en ideales, tiene el deber de tomar esa vida por bandera y hará, yo estoy seguro, un grito de lucha de su nombre, un plan de combate de su ejemplo, y de sus propósitos un programa; no de política, que élla es mezquina cosa para altos espíritus; sino de finalidades más completas y altruistas, de dignificación para el pueblo humilde, de organización y garantía para el trabajo, y de redención para la miseria. Yo deseo que una corona formada por el triunfo de todas esas aspiraciones, lleve algún día la hoy joven pléyade de luchadores que formó el general Villada, á su gloriosa tumba, donde duerme el despojo mortal que queda en esta tierra como alma para hacerla sentir todo lo grande, y como semilla para hacerla fructificar todo lo bueno.

México, mayo 13 de 1904.

Rodolfo Reyes.

DON JOSE VICENTE VILLADA

La voz de la prensa me ha traído con ese laconismo de que los reporters saben hacer gala cuando no se trata ni de sucesos que meten escándalo ni de crímenes que horripilan, la noticia cruel de la desaparición de un padre de muchos huérfanos, de un paño de muchas lágrimas. La muerte quizá clemente y justa, pero á nuestros imperfectos y groseros sentidos, señera, brutal y ciegamente desapiadada, arrebata unas veces las ramas floridas y otras el tronco robusto de los árboles sanos, dejando para muy tarde los organismos podridos los cuales antes de asimilarse á la madre tierra, envenenan el ambiente con sus miasmas deletéreos.

Ahora ha dado en tierra con el añoso y corpulento roble á cuya sombra protectora se acogían tantos y tantos desconsolados, tantos y tantos infelices. Se oprime el corazón al pensar que un hoyo obscuro y hondo se ha tragado para siempre al hombre que sólo sabía aplicar su actividad y su energía al cumplimiento de todos los deberes humanos y de todas las obras redentoras.

Y no sólo daba pan al hambriento, y ropa al desnudo, sino que más generoso que lo que suelen serlo los filántropos de patente, acompañaba sus dádivas de lo que vale más: consuelo, aliento, alegría. Para las niñas que han hallado un hogar en las escuelas por él establecidas, don Vicente quería que hubiera siempre paseos al campo, billetes de teatro, música y toda suerte de regocijos honestos.

No entendía la caridad vestida de sayal, ni el libro que entra con sangre, ni el protector esgrimiendo el flagelo; no condaba á la sangre bullente á estancarse y extinguirse de las venas de la juventud: su tema era la instrucción, su lema: "adelante;" su ideal la regeneración de la sociedad por medio de la educación de la mujer.

¿Por qué esos hombres que parecen haber venido al mundo con una misión noble que cumplir, duran lo que la niebla en los campos, lo que la bella flor del asfodelos que apunta con las últimas rachas invernales y fenece antes que entibien la atmósfera los primeros efluvios de la primavera?

¡Oh muerte justa y cruel! Los que hemos acostado en el sepulcro á los pedazos más queridos del alma, ya no tenemos lágrimas en los ojos ni suspiros en el pecho para nuestros amigos que se ausentan; ya no nos es dado ni amar la vida por lo que en élla tenemos todavía como una ánfora de flores, ni desear la muerte como se desea volver al hogar en donde nos esperan los seres que nos amaron y á quienes amamos. La indiferencia más amable por lo que fuimos, por lo que somos y por lo que seremos, llega á anidar en el corazón completamente cerrado al sentimiento; pero á las pobres que creen á ciegas, que esperan llenos de candor y de inocencia á los desarmados para la lucha de la vida y por la vida y la con vida, ¿por qué ¡oh muerte! por qué los destituyes del amor y del bien que habían encontrado?

Cubrirán de laureles la tumba del general y del caudillo los amigos y los patriotas; regaránla con lágrimas los hijos huérfanos y la generosa tierra cuando un rayo de sol baje á besarla, echará rosas fragantes y líquenes lozanos. Muchos recordarán al ilustre difunto para ensalzar sus virtudes, pero ¿quién continuará la colosal obra de regeneración social que él dejó empezada y por la cual vivió en continua lucha con el fanatismo, superstición y la ignorancia?

Que duerma en paz el amigo querido, el generoso y desinteresado protector de la niñez desvalida, el amigo del obrero y el sostén del huérfano desvalido. El que sepa llorar no escatime las lágrimas; déjelas caer y regar la tumba del noble sér que nos ha enseñado á ser buenos y honrados.

St. Louis Missouri, mayo 16 de 1904.

LAURA M. DE CUENCA.

GENERAL D. JOSE VICENTE VILLADA.

(De "El Diario del Hogar.")

UNA difícil situación pecuniaria, añadida á un conocimiento poco preciso, quizá por la ausencia en tierra extraña, quizá por falta de enseñanza en el hogar y en la escuela, de lo que era en el país el elemento reaccionario, le empujaron en Tampico, después de su vuelta de la Habana, á militar en las filas de los más jurados enemigos del liberalismo; pero los años, la experiencia, el anhelo patriótico que vibra en todo corazón bien puesto, le llevó á las filas de los leales cuando la República estuvo en punto de perecer combatida primero por el invasor francés y más tarde por zuavos, austriacos, belgas y traidores.

Desde el primer día de esa éra inolvidable, el señor Villada adquirió respeto y notoriedad. Estimado por los jefes, querido por las tropas, temido por los adversarios, el juvenil soldado paseó triunfante en Michoacán junto á su honradez su valentía y junto á su constancia su victoria. Por eso pudo lograr palmo á palmo, y siempre tras de rudos y encarnizados y sangrientos combates, los ascensos y por eso pudo en un momento dado, ser jefe superior sin poseer el grado de general. Tal ejemplo es único en la historia de esos días

El como Régules, como Arteaga, como Salazar, como Ronda, como los abnegados de una época tan llena de dolores y de privaciones, como los jefes de una guerra en que lo mismo se improvisaba el parque que el soldado, como los valientes de una expedición en que todo eran desventajas, ni se abatió ante las penalidades, ni le amilanó el número ó pericia de sus enemigos, ni se acobardó ante la idea de que el patíbulo sería el premio posible y probable. Le bastó saber que peligraba la Patria y con élla la fórmula de progreso que significa República y consagró á la defensa su juventud y su tranquilidad, su energía y su decisión. Aún tuvo la inmedible gloria de regar con su sangre el campo de batalla. Cuando sonó en Querétaro la hora del triunfo no hubo de sorprenderse. Era un convencido

De ahí que viera impasible cualesquiera peligros. Si moría en la demanda, otro y otros y otros más vendrían á sustituirle. No de otra suerte se explican sus temerarias audacias, no pensadas osadías, en los Reyes, en Tacámbaro y en Uruápan.

Pero este hombre que por su bravura despreciaba la muerte, pasado el combate tornábase de dios de guerra en dios de clemencia y así resultó cirujano para curar al herido Rousseau, y así también no había medio de que no aprovechara para librar á los vencidos de la inmediata ejecución que les aguardaba, y así finalmente olvida en una vez—grave desobediencia—ejecutar las terminantes ordenes de Arteaga y en otra va á pedirle al mismo jefe la vida de los prisioneros. A Arteaga que era la inflexibilidad hecha carne. Esa generosidad sin tiento le salvó después del desastre de Santa Ana Amatlán.

Y junto al bravo alzábase otra personalidad no menos distinguida, la del organizador: arbitrándose recursos siempre por modos honorables equipaba á sus soldados, con no poca sorpresa de los superiores inmediatos, establecía servicios administrativos; custodiaba vidas y haciendas; dejaba, en suma, saludables recuerdos de su paso

Después del triunfo de la República fué al Congreso, se consagró más tarde á la vida periodística organizando y dirigiendo diarios que todavía se recuerdan como *La Revista Universal y El Republicano* volvió á la vida pública desplegando energías singulares como las de aquella tarde de 1885 en que un grupo de diputados clamaba contra el expresidente general don Manuel González, mejoró en todos sentidos la vecina ciudad de Guadalupe Hidalgo, y fué al Estado de México á echar los cimientos de una administración honrada y hábil; la entidad entera le debe toda clase de mejoras materiales y morales. Acaso en los últimos días se equivocó apoyando un proyecto de ley que como el relativo á accidentes en el trabajo, es en el fondo una tesis de Socialismo de Estado; pero ese error es una prueba más de bondad de alma y de compenetración con sufrimientos agenos.

En ese puesto, que debía ser el último, le sorprendió la muerte traidoramente. No de otro modo había de acercársele la que huyó de él en las horas de pelea.

El dolor y el luto de todo un pueblo son la mejor demostración de que se le veneró como gobernante y se le amó como ciudadano.

Nosotros todos cumpliendo un deber ponemos sobre la tumba, mal cerrada todavía, del infatigable batallador de la República, nuestro humilde pero sincero y leal homenaje de admiración.—JOSE P. RIVERA.

EL GENERAL DON JOSE VICENTE VILLADA.

(De "El País.")

El Gobernador del Estado de México ha dejado de existir. Dejamos los pormenores de su muerte y sus funerales á la información.

Nosotros nos limitamos á deplorar la muerte de un gobernante que fué nuestro compañero en la prensa y que, cualesquiera que hubiesen sido sus convicciones, se mostró benévolo hacia sus gobernados.

Jacobino en la prensa, ultra liberal en sus opiniones, luchador en los campos de batalla, no dejó tras de sí más que el respeto y la estimación de sus adversarios, porque, durante su gobierno, comprendió que era preciso ser el jefe de un pueblo y no el de una secta.

Pudo errar alguna vez, como todo hombre, pero siempre dió pruebas de atención á la prensa sensata, procurando coadyuvar en su esfera á la obra llevada á cabo por el General Díaz.

Era Villada el tipo del bohemio; ni lo envanecieron sus antecedentes, como guerrero, ni su auge en la suprema magistratura del Estado que le tocó gobernar.

Fué para los próceres lo que fué para los humildes, y más de uno de éstos llora su pérdida por la generosidad que desplegó para socorrerlo en sus aflicciones.

La mano que traza estas líneas es la de uno que lo combatió frente á frente, en las lides de la política; casi siempre lucharon en campos opuestos; pero no olvida que Villada, á semejanza de los caballeros de la Edad Media, tendía la mano al enemigo caído por la fuerza para levantarlo.

Dejamos á la historia el juicio de un hombre que pertenece á su dominio; pero, á fuer de cristianos, séanos permitido pedir para su alma la eterna dicha y el consuelo para sus deudos.—ALBERTO G. BIANCHI.

EL SEÑOR GENERAL JOSE V. VILLADA.

(De "El Entreacto.")

Tan dolorosa como inesperada ha sido la noticia que dió ayer la prensa diaria, anunciando que el viernes último á las 4 y 10 minutos de la tarde, había fallecido en Toluca el señor General José Vicente Villada, Gobernador del Estado de México. No es á título de funcionario público, ni siquiera en calidad de amigo respetado y querido del que esto escribe, por lo que se le consagra un recuerdo en *El Entreacto*. Es que antes de ser Gobernador el señor Villada fué periodista activo, inteligente y enérgico Por un regular número de años fué Editor y Redactor de *El Republicano* y después de *El Partido Liberal*, periódico este último, que fué un verdadero nido de poetas, como que distribuía como edición dominical aquella inolvidable *Revista Azul*, en donde Manuel Gutiérrez Nájera pontificó junto á los altares del Arte divo y excelso de las rimas color de cielo.

Aunque el señor General Villada no presumía de literato ni de artista, era siempre el amigo incondicional y cariñoso de todos los que escribimos y puede decirse que, durante su gobierno, se hizo la resolución de no dejar salir de su presencia, sin algún consuelo á quien quiera que á él acudía en demanda de recursos para dar vida á sus sueños de rimador ó de visionario. En su pequeña corte de Toluca, estaba todavía rodeado de poetas. Además, en su tranquilo hogar se rendía siempre ferviente culto á esa dulce deidad que se llama la Música. Su opinión en materias musicales, no era la de un perito, pero sí la de un gran conocedor intuitivo. Como Apóstol de la enseñanza no ha tenido jamás Toluca un Gobernante de más altos ideales, ni de más positivos procederes. La instrucción, queda, para honra suya, en gran florecimiento en el Estado de México.

Que la Historia guarde su limpio nombre y que sus deudos, sus amigos y el Estado entero, reciban el sincero pésame de un periódico en donde se lamenta como un gran desastre su inesperada partida hacia el mundo de lo infinito.

LA NACION DE DUELO.

(De "La Tribuna" de Durango.)

Nuestro corresponsal en la capital de la República nos acaba de comunicar una infausta nueva, la del fallecimiento del señor General Don José Vicente Villada, Gobernador del Estado de México, á quien una pulmonía infecciosa arrebató anteayer del mundo de los vivos.

El señor General Villada sirvió á la Patria en épocas aflictivas, especialmente durante la intervención francesa, haciéndose admirar y respetar de amigos y enemigos, tanto por su denodado valor, como por su caballerosidad é intachable conducta. En la época de paz de que afortunadamen-

001435

te disfrutamos, el señor Villada desempeñó, siempre con acierto y honradez, puestos importantes, siendo uno de éllos el de Gobernador del Estado de México, en el que se hizo acreedor á la gratitud de sus gobernados y á la admiración y el aplauso de todos.

De todo corazón nos unimos á los que lamentan la pérdida del buen patriota

MUERTE
DEL GENERAL JOSE VICENTE VILLADA
Gobernador del Estado de México.

(De "La Patria.")

TANTO el Director de LA PATRIA, muy antiguo é íntimo amigo del General Villada, como los redactores de este diario, nos encontramos hondamente conmovidos ante la funesta noticia de la muerte de aquel ilustrado gobernante que con un trabajo asiduo de varios años, logró implantar mejoras de alta trascendencia en el importante Estado que gobernó, conquistándose allí un nombre inmortal.

Por ahora agobiados por el dolor no nos sentimos con ánimo de extendernos en otras consideraciones que dejamos para otro de nuestros números siguientes, y después de dar nuestro más sentido pésame á los queridos miembros de la familia del finado, á las personas que lo rodearon en el hogar y para quienes fué su adoración y á todos sus amigos y gobernados, insertamos en seguida la biografía del General Villada, tomándola del gran libro: "Los Hombres Prominentes de México," que es como sigue:

Huérfano desde la edad temprana, pues que el General Manuel María Villada murió dejando á su querido hijo casi en la cuna, tuvo que atenerse á sus propias fuerzas para cruzar el agrio sendero de la vida. Unas veces como tipógrafo, otras como comerciante, estuvo prestando el apoyo que debía á su buena madre, la cual amorosa, había sabido antes apartarlo varias veces de la carrera de las armas, que no ofrecía entonces mas que tristes perspectivas, hasta que el anuncio de la intervención extranjera vino finalmente á decidir de su suerte futura. Realizó en Pachuca cuanto poseía y se apresuró á presentarse en México al Gobierno, con sus títulos militares anteriores, facilitándole esto sin tardanza, que fuera nombrado capitán de la Legión de Honor.

Una vez lanzado en la lucha, se encontró como la mayor parte de los oficiales mexicanos dentro de la plaza de Puebla, que sucumbió después de un sitio prolongado, fué hecho pri-